

puerta, á la manera de los militares, resonó en las profundidades de aquel viejo palacio. El criadito de la señorita de Pen-Hoël fué gravemente á abrir la puerta, y el cuerpo largo, seco y metódicamente vestido con arreglo á la época del caballero de Halga, antiguo capitán de navío del almirante Kergarouët, no tardó en dibujarse en negro en la penumbra que reinaba aún en la escalinata exterior.

—¡Venga usted, caballero!—gritó la señorita de Pen-Hoël.

—El altar está erigido—dijo el cura.

El caballero, que era hombre de poca salud, iba cubierto de franela para los reumatismos, llevaba una gorra de seda negra para preservar su cabeza de la niebla y un justillo para abrigar su precioso busto de los vientos repentinos que refrescan la atmósfera de Gueranda. Iba siempre provisto de un junco con puño de oro para ahuyentar á los perros que hacían intempestivamente la corte á su perra favorita. Este hombre, meticoloso como una damisela, que prescindía de sus más constantes hábitos ante los menores obstáculos, y que hablaba en voz muy baja para no gastar la poca voz que le quedaba, había sido uno de los hombres más sabios y más intrépidos de la antigua marina y se había visto honrado con la estimación del baile de Suffrén y con la amistad del conde de Portenduere. Su buena conducta como capitán del navío del almirante Kergarouët estaba inscrita con caracteres visibles en su rostro plagado de heridas. Al verle, nadie hubiese reconocido en él al hombre dotado del indomable valor del marino bretón, cuya voz dominaba la tempestad y cuyas miradas se cernían sobre los mares. El caballero no fumaba, no juraba, poseía la dulzura y la tranquilidad de una sílfide y se ocupaba de su perra Tisbé y de sus más pequeños caprichos con la solicitud de una anciana, dando así una relevante prueba de su pasada galantería. No hablaba nunca de los sorprendentes actos que habían asombrado al conde de Estaing. Aunque tenía la actitud de un inválido y andaba como si temiese pisar huevos, y aunque se quejaba continuamente de la frescura de la brisa, del ardor del sol y de la humedad de la niebla, mostraba unos dientes blancos encajados en unas encías rojas que tranquilizaban aún acerca de su enfermedad, que era, por lo demás, un tanto costosa, pues consistía en hacer cuatro comidas de abundancia monástica al día. Su textura, lo mismo que la del barón, era huesosa y

de solidez indestructible, y estaba cubierta de un pergamino pegado á los huesos, como la piel de un caballo árabe pegada á los nervios, que parecen relucir al sol. Su tez había conservado un color alterado, debido á sus viajes á las Indias, de los cuales no había traído ni una idea ni una historia. Había emigrado, había perdido su fortuna y después había logrado la cruz de San Luis y una pensión de dos mil francos, debida justamente á sus servicios y pagada por la caja de los inválidos de la marina. La ligera hipocondría que le hacía inventar mil enfermedades imaginarias, se explicaba perfectamente por sus sufrimientos durante la emigración. Había servido en la marina rusa hasta el día en que el emperador Alejandro quiso emplearla contra Francia, el cual día presentó su dimisión y se fué á vivir á Odessa, al lado del duque de Richelieu, con el que volvió y el cual hizo que se le concediese la pensión debida á aquel glorioso resto de la antigua marina bretona. A la muerte de Luis XVIII, época en que volvió á Gueranda, el caballero de Halga fué nombrado alcalde de la ciudad. El cura, el caballero y la señorita de Pen-Hoël tenían la costumbre, hacía ya quince años, de ir á pasar las veladas al palacio Guenic, adonde iban asimismo algunos personajes nobles de la ciudad y de la comarca. Todo el mundo veía fácilmente en los Guenic á los jefes del pequeño arrabal Saint-Germain de la comarca, donde no penetraba ninguno de los miembros del Estado enviados por el nuevo gobierno. Hacía ya seis años que el cura tosía al llegar al momento crítico del *Domine, salvum fac regem*. La política no había sufrido, pues, alteración alguna en Gueranda.

La mosca es un juego que se juega con cinco cartas y con una vuelta que es la que determina el triunfo. Cada vez que se dan cartas, el jugador es libre de jugar ó de abstenerse de ello. Absteniéndose, sólo pierde su puesta cuando no hay nada en el cesto, porque cuando hay algo no pierde nada. Si juega, debe hacer por lo menos una baza, lo cual le da derecho á tomar una parte de las posturas ajenas á prorrato. Si hay cinco piezas de cinco céntimos, cada baza vale una. El jugador que no hace baza, recibe mosca, y entonces tiene que pagar una cantidad igual al importe de todas las posturas, la cual cantidad va á aumentar el cesto para el siguiente juego. Las moscas hechas se apuntan y se van poniendo unas después de otras en el cesto por orden

de capital, es decir, las mayores antes que las pequeñas. Los que renuncian á jugar, dejan sus cartas en el acto y pierden todo derecho. Las cartas de la baceta se cambian como en el ecarté, pero por orden de mano. Cada uno toma tantas cartas como quiere; de suerte, que el primero y el segundo pueden apoderarse, si quieren, de toda la baceta. El triunfo pertenece al que da las cartas, que es entonces el último, y tiene derecho á cambiarlo por la carta que quiera de su juego. Una carta terrible mata á todas las demás y se llama el *Mistigris*. El *Mistigris* es la sota de bastos. Este juego, de excesiva sencillez, no deja de ser interesante. La avaricia natural al hombre se desarrolla en él, así como las astucias diplomáticas y los cambios de fisonomía. En el palacio Guenic cada jugador tomaba veinticinco fichas y respondía de un real, lo cual hacía ascender la suma total de cada juego á cinco céntimos, cantidad enorme á los ojos de aquellas personas. Suponiendo mucha suerte, se podían ganar diez reales, suma ésta que nadie gastaba al día en Gueranda. Así es que la señorita de Pen-Hoël tenía por este juego (cuya inocencia sólo ha sido excedida por la del juego que en la nomenclatura de la Academia es conocido con el nombre de la *Batalla*) una pasión igual á la que los cazadores sienten por una gran partida de caza. La señorita Ceferina, que jugaba á medias con la baronesa, no sentía menor interés que aquélla por el juego de la mosca. Arriesgar un céntimo para ganar cinco, constituía para la anciana atesoradora una operación financiera inmensa, á la cual daba ella tanta importancia como la que puede dar el más ávido especulador durante las horas de Bolsa á la alza y baja de los valores. Por una convención diplomática, establecida en septiembre de 1825, después de una velada en que la señorita de Pen-Hoël perdió dos pesetas menos quince céntimos, el juego cesaba tan pronto como una persona manifestase deseos de ello después de haber perdido dos reales. La cortesía no podía permitir que se causase á un jugador el pequeño disgusto de ver continuar el juego sin que él tomase parte en él. Pero todas las pasiones tienen su jesuitismo. El caballero y el barón, aquellos dos viejos políticos, habían encontrado el medio de eludir el cumplimiento de lo establecido. Cuando todos los jugadores deseaban vivamente prolongar una partida interesante, el atrevido caballero de Halga, que era uno de esos solterones pródigos y ricos en

no hacer gastos, ofrecía siempre seis tantos á la señorita de Pen-Hoël ó á Ceferina cuando una de ellas ó ambas habían perdido su real, á condición de que se lo restituyesen en caso de que ganaran. Un solterón bien podía permitirse estas galanterías con unas señoritas. El barón ofrecía también diez tantos á las dos solteronas, bajo pretexto de continuar la partida. Las dos avaras aceptaban siempre, si bien haciéndose rogar, como es uso y costumbre de solteras. Para hacer esta prodigalidad, el barón y el caballero tenían que estar ganando, pues de otro modo esta oferta adquiriría el carácter de ofensa. La mosca resultaba animadísima cuando alguna de las señoritas de Kergarouët á secas estaba de paso en casa de su tía, y digo á secas, porque allí los Kergarouët no habían logrado hacerse llamar Kergarouët-Pen-Hoël por nadie, ni aun por los criados, los cuales habían recibido órdenes formales respecto á este punto. La tía hablaba á la sobrina del juego de la mosca en casa de los Guenic como de un placer sin igual. La pequeña recibía de su tía orden de mostrarse amable, lo cual le era sumamente fácil cuando veía al hermoso Calixto, por el cual estaban locas las cuatro señoritas de Kergarouët. Estas jóvenes, educadas en plena civilización moderna, daban poca importancia al real y recibían mosca sobre mosca, ocurriendo entonces que había inscritas moscas cuyo total ascendía, á veces, á cinco francos y que estaban escalonadas desde doce céntimos y medio hasta dos reales. Aquellas veladas eran en realidad veladas de grandes emociones para la anciana ciega. Las bazas se llaman *manos* en Gueranda. La baronesa hacía sobre el pie de su cuñada un número de presiones igual al número de bazas que tenía seguras según su juego. Jugar ó no jugar en las ocasiones en que el cesto está lleno, promovía indecisiones en que la avaricia luchaba con el miedo. Se preguntaban unos á otros: «¿Juega usted?» manifestando envidia por aquellos que tenían juego bastante para intentar la suerte y sentimientos de desesperación cuando era preciso abstenerse de jugar. Si Carlota de Kergarouët, tachada generalmente de loca, estaba afortunada en sus temeridades, al volver á su casa, su tía, cuando no había ganado nada, se mostraba fría con ella y le daba algunas lecciones; decía que tenía un carácter demasiado libre, que una joven debía mostrarse más modosa delante de gentes respetables, que tenía una manera insolente de tomar el cesto ó de decir

que jugaba, que las costumbres de una joven exigían mayor reserva y modestia, que no se debía reír de la desgracia ajena, etc. Las bromas eternas, y que se hacían mil veces al año, aunque siempre nuevas, versaban acerca del tronco que debía engancharse al cesto cuando estaba demasiado lleno. Se hablaba de enganchar bueyes, elefantes, caballos, perros, y, después de veinte años de decir esto mismo, nadie se apercebía aún de que tales dichos fuesen sosas repeticiones que excitaban siempre la misma sonrisa. Existían además en aquella reunión frases de pena que dictaba la desesperación á aquellos que habían llenado el cesto sin tener luego la suerte de percibir nada. Las cartas se daban con una lentitud automática. Se hablaba tosiendo, y aquellas dignas y nobles personas cometían la adorable pequeñez de desconfiar, unos de otros, en el juego. La señorita de Pen-Hoël casi siempre acusaba al cura de tramposo cuando éste ganaba el cesto.

—Es singular que no me diga usted nunca tramposo cuando recibo mosca—decía entonces el cura.

Nadie echaba la carta sobre la mesa sin hacer profundos cálculos, sin miradas maliciosas y sin observaciones ingeniosas y delicadas. A todo esto, téngase en cuenta que el juego estaba amenizado con narraciones de los acontecimientos ocurridos en la ciudad ó con discusiones acerca de la política. Muchas veces, los jugadores permanecían un gran rato con las cartas, en forma de abanico, apoyadas sobre el estómago y ocupados en charlar. Si, á consecuencia de estas interrupciones, se encontraba una ficha menos en el cesto, todo el mundo aseguraba que había puesto, y casi siempre le tocaba pagarlo al caballero de Halga, acusado por todos de distraído, por pensar en sus enfermedades, y de olvidarse siempre de poner. Cuando el caballero había puesto ya su tanto, la anciana Ceferina ó la maliciosa jorobada sentían remordimientos, empezaban á creer que eran ellas, sin duda, las que no habían puesto, se lo témían, pero al fin pensaban que el caballero era bastante rico para poder soportar aquel pequeño perjuicio. Cuando se hablaba de los infortunios de la casa real, ocurría frecuentemente que el barón no sabía lo que hacía. A veces había en la partida lances sorprendentes para aquellas personas que contaban siempre ganar. Después de cierto número de partidas, todo el mundo recobraba sus fichas, y se marchaban, por ser la hora ya muy avanzada, sin pérdida ni ganancia, pero no sin emoción. Durante

estas crueles veladas, todos se quejaban de la mosca porque no había sido interesante, y los jugadores la acusaban, como hacen los negros con la luna, que suelen golpear su reflejo en el agua cuando el tiempo les es contrario. Bien pronto había pasado la velada para ser tan poco divertida. Bastante habían trabajado para tan poco resultado. Cuando el vizconde y la vizcondesa de Kergarouët hablaron en su primera visita del *whist* y del *boston* como de juegos más interesantes que la mosca, y, animados por la baronesa, que no tenía afición ninguna á la mosca, se prestaron á enseñarlos á la sociedad del palacio Guenic, ésta se avino á ello no sin protestas; pero fué imposible hacerles comprender dichos juegos, los cuales, una vez que marcharon los Kergarouët, fueron reputados de rompecabezas, de trabajos algebraicos y de inauditas dificultades. Todo el mundo prefería su querida mosca, su pequeña y agradable mosca, y la mosca triunfó sobre los juegos modernos, como triunfaban siempre en Bretaña las cosas antiguas sobre las modernas.

Mientras que el cura daba cartas, la baronesa interrogaba al caballero de Halga acerca de su salud, con preguntas análogas á las de la vispera. El caballero se preciaba siempre de tener nuevos males; de manera que si las preguntas se parecían, en cambio las respuestas del capitán de navío no se parecían en nada. Hoy le habían inquietado los dolores de costado. Pero lo notable era que este digno caballero no se quejaba nunca de sus heridas. Todo lo que era serio en medicina lo conocía y se lo esperaba sin aterrorizarle; pero las cosas fantásticas, los dolores de cabeza, los malestares de estómago, los zumbidos en los oídos y mil otras chifladuras, le inquietaban horriblemente, y él se creía incurable, con tanta más razón cuanto que los médicos no conocen remedio contra los males que no existen.

—Ayer me parece que sentía usted malestar en las piernas—dijo el cura con aire grave.

—¡Ya lo creo!—respondió el caballero.

—¿Sentía usted pinchazos en las piernas?—preguntó la señorita Ceferina.

—¿Le sigue á usted todavía el malestar?—dijo la señorita de Pen-Hoël sonriéndose.

El caballero se inclinó gravemente, haciendo un gesto negativo bastante gracioso y que hubiese probado á un observador que el marino había sido, en su juventud, ocurren-

te, amante y amado. ¡Quién sabe si su vida fósil en Gueranda no ocultaba multitud de recuerdos! Cuando se ponía plantado estúpidamente al sol, sobre sus dos piernas de garza, en el mallo, mirando al mar ó los juegos de su perra, ¡quién sabe si no revivía en el paraíso terrestre, de un pasado fértil en recuerdos!

—Ya ha muerto también el duque de Lenoncourt—dijo el barón acordándose de la última noticia que su mujer había leído en el *Cotidiano*.—Vamos, el primer hidalgo de la cámara del rey no ha tardado en unirse á su amo. Tampoco yo tardaré mucho en hacer lo propio.

—¡Caramba! ¡amigo mío, amigo mío!—dijo la baronesa golpeando suavemente la mano huesuda y callosa de su marido.

—No haga usted caso, hermana mía—dijo Ceferina;—es menor que yo, y mientras yo esté en pie, no hay que apurarse.

Y esto diciendo, erraba una alegre sonrisa por los labios de la anciana. Cuando el barón hacía alguna reflexión de este género, los jugadores y las demás personas que estaban de visita se miraban emocionados é inquietos al ver la tristeza del rey de Gueranda. Las personas que iban á visitarle se decían, á veces, al salir de su casa:

—Estaba triste el señor de Guenic. ¿Ha visto usted cómo duerme?

Y al día siguiente, todo Gueranda hablaba de aquel acontecimiento. La frase: «El barón de Guenic está muy avejentado» era el principio de las conversaciones en todos los hogares.

—¿Está buena Tisbé?—preguntó la señorita de Pen-Hoël al caballero, cuando las cartas estuvieron dadas.

—La pobre está como yo—respondió el caballero.—Tiene ataques nerviosos y levanta constantemente una de las patas al andar. Mire usted, así.

Y para imitar á la perra y crispas uno de los brazos, levantándolo, el caballero dejó ver su juego á su vecina la jorobada, que quería saber si aquél tenía triunfo ó el Mistigris. Aquella finura fué una primera treta de la vieja, ante la cual sucumbió el señor de Halga.

—¡Oh!—dijo la baronesa—el señor cura tiene el Mistigris, porque veo que le blanquea la punta de la nariz.

El placer de tener el Mistigris era tan grande, lo mismo

para el cura que para los demás jugadores, que el pobre sacerdote no sabía ocultarlo. En el rostro humano existe siempre un lugar que denota los impulsos secretos del corazón, y aquellas personas, acostumbradas á observarse, habían acabado, al cabo de algunos años, por descubrir el punto flaco del cura, cuya nariz blanqueaba, efectivamente, por la punta cuando tenía el Mistigris, siendo éste motivo de que todo el mundo se abstudiese de jugar.

—¿Ha tenido usted gente en su casa hoy?—preguntó el caballero á la señorita de Pen-Hoël.

—Sí, ha estado un primo de mi cuñado, que me ha sorprendido con el anuncio del casamiento de la señora condesa de Kergarouët, una tal señorita de Fontaine...

—Una hija de *Santiago el Grande*—exclamó el caballero, que, durante su permanencia en París, no se había separado del almirante.

—La condesa ha sido la heredera del conde y se ha casado con un antiguo embajador. Mi visitante me ha contado las cosas más singulares acerca de nuestra vecina la señorita de Touches, pero tan singulares, que yo no quiero creerlas. Aunque Calixto no fuese tan asiduo concurrente á su casa, le creo dotado de bastante buen sentido para que hubiese notado tamañas monstruosidades.

—¿Monstruosidades?...—dijo el barón, que se despertó al oír esta palabra.

La baronesa y el cura se dirigieron una mirada de inteligencia. Las cartas habían sido dadas, y la solterona tenía el Mistigris y no quiso continuar esta conversación, satisfecha de poder ocultar su alegría á favor de la estupefacción general que habían causado sus últimas palabras.

—A usted le toca jugar, señor barón—dijo la solterona.

—Pues mi sobrino no es joven que guste de monstruosidades—dijo Ceferina escarbándose la cabeza con la aguja de hacer media.

—¡Mistigris!—respondió la señorita de Pen-Hoël, que no respondió á su amiga.

El cura, que parecía enterado de todos los asuntos de Calixto y de la señorita de Touches, no entró en la lid.

—Pues ¿qué hace de extraordinario la señorita de Touches?—preguntó el barón.

—Fuma—dijo la señorita de Pen-Hoël.

—Lo cual es muy sano—contestó el caballero.

—¿Y sus tierras?—preguntó el barón.

—Se las va comiendo poco á poco—contestó la solterona.

—Todo el mundo es mosca esta vez, pues tengo el rey, el caballo y la sota de triunfo, Mistigris y un rey—dijo la baronesa.—El cesto es esta vez para nosotras, hermana mía.

Esta jugada, que ni siquiera hubo necesidad de defender, aterró á la señorita de Pen-Hoël, la cual cesó de ocuparse de Calixto y de la señorita de Touches. A las nueve de la noche no quedaban ya en el salón más que la baronesa y el cura. Los cuatro ancianos habían ido á acostarse. Como de costumbre, el caballero acompañó á la señorita de Pen-Hoël á su casa, situada en la plaza de Gueranda, haciendo reflexiones por el camino, acerca de la última jugada y de su mayor ó menor suerte, ó acerca del placer siempre nuevo con que la señorita Ceferina se embolsaba las ganancias (pues la anciana ciega no sabía ocultar la expresión de sus sentimientos). La preocupación de la señora de Guenic fué el objeto principal de la conversación. El caballero había observado las distracciones de la encantadora irlandesa. Ya en el umbral de la puerta, cuando su criadito hubo subido, la anciana respondió confidencialmente á las hipótesis hechas por el caballero de Halga, acerca de la extraña actitud de la condesa, con estas interesantísimas palabras:

—Ya sé yo cuál es la causa. Calixto está perdido si no lo casamos en seguida, pues ama á la señorita de Touches, que es una cómica.

—En ese caso, llame usted á Carlota.

—Mañana recibirá mi hermana la carta—dijo la señorita de Pen-Hoël despidiéndose del caballero.

Por esta velada normal juzgad la zambra que debía producir en los interiores de Gueranda la llegada, la permanencia, la partida ó el sencillo paso de un extranjero.

Cuando ya no se oyó ruido alguno en el cuarto del barón ni en el de su hermana, la señora de Guenic miró al cura, que jugaba distraídamente con las fichas, y le dijo:

—He adivinado que por fin empieza usted á participar de mis temores acerca de Calixto.

—¿Ha visto usted qué picada estaba esta noche la señorita de Pen-Hoël?—preguntó el cura.

—Sí—respondió la baronesa.

—Yo sé—repuso el cura—que ella abriga las mejores

intenciones respecto á nuestro querido Calixto, que le quiere como si fuese un hijo, y que la conducta de éste en la Vendea al lado de su padre y las alabanzas que la SEÑORA ha hecho de su abnegación, han aumentado el afecto que la señorita de Pen-Hoël le tiene. Ésta asegurará toda su fortuna á la sobrina que se case con Calixto, mediante una donación entre vivos. No ignoro que tiene usted en Irlanda un partido mejor para su querido Calixto; pero por mucho pan, nunca es mal año. En el caso de que la familia de usted no se encargase del enlace de Calixto, la fortuna de la señorita de Pen-Hoël no es de despreciar. Yo supongo que nunca le faltará á usted para su querido hijo un partido de siete mil francos de renta; pero no es fácil que encuentre las economías de cuarenta años, ni tierras administradas y labradas como las de la señorita de Pen-Hoël. Esa mujer impía, esa señorita de Touches, ha venido á destruir muchos planes. Al fin, tenemos ya noticias de ella.

—¿Y qué hay?—dijo la madre.

—¡Oh! es una ordinaria, una buscona—exclamó el cura,—una mujer de costumbres sospechosas, que se ocupa del teatro, que se trata con cómicos y cómicas y que se come su fortuna con gacetilleros, pintores y músicos, en una palabra, una sociedad infernal. Para escribir sus libros, toma un pseudónimo por el cual dicese que es más conocida que por el de Felicidad de Touches. En fin, es una verdadera farsanta, que desde que ha hecho su primera comunión no ha vuelto á las iglesias más que para ver en ellas estatuas ó cuadros. Gasta su fortuna para decorar el palacio de Touches de la manera más inconveniente y para convertirlo en un paraíso de Mahoma cuyas huries no son mujeres. Durante su permanencia, se beben allí más vinos finos que en todo Gueranda durante un año. Las señoritas Bougniol albergaron en su casa, el año pasado, á hombres con perilla, que se decía que eran republicanos y que cantaban en su casa canciones impías, capaces de hacer ruborizar á aquellas virtuosas jóvenes. He aquí la mujer á quien adora en este momento su señor hijo. Si esa mujer tuviese esta noche el capricho de adquirir alguno de esos libros infames en que los ateos de hoy se burlan de todo, el caballero vendría á ensillar su caballo y partiría al galope á Nantes á buscárselo. No sé si Calixto haría otro tanto por la Iglesia. En fin, esa bretona no es realista, y si fuera preciso hoy salir al campo por la

buena causa, bastaría que la señorita de Touches, ó el señor Camilo Maupín (pues ahora recuerdo que tal es su pseudónimo) se empeñasen en mantener á Calixto á su lado, para que éste consintiese en dejar partir solo á su anciano padre.

—No lo creo—dijo la baronesa.

—No quisiera ponerlo á prueba, porque acaso sufriría usted una gran decepción—respondió el cura.—Todo Guéranda habla de la pasión del caballero por ese ser anfíbio que no es hombre ni mujer, que fuma como un húsar, que escribe como un periodista y que alberga en este momento en su casa al escritor más venenoso, según afirma, al menos, el director de correos, ese indiferente que lee todos los periódicos. Se habla mucho de todo esto en Nantes. Esta mañana, ese primo de Kergarouët, hombre que posee unos sesenta mil francos de renta y que desea casarse con Carlota, ha venido á ver á la señorita de Pen-Hoël y le ha puesto la cabeza como un bombo, con narraciones acerca de la señorita de Touches, que han durado cerca de siete horas. Pero las diez menos cuarto están dando en la parroquia, y Calixto no vuelve; está en Touches, y, sin duda, no vendrá hasta la madrugada.

La baronesa escuchaba al cura, que sustituía el diálogo por el monólogo sin aperebirse de ello y que contemplaba á su oveja, en cuyo rostro se veía la impresión de dolorosas inquietudes. La baronesa enrojecía y temblaba, y cuando el abate Grimont vió que brotaban lágrimas de los hermosos ojos de aquella madre aterrada, se enterneció y le dijo con cariñosa voz:

—Tranquílcese usted; mañana veré yo á la señorita de Pen-Hoël. Acaso el mal no sea tan grande como se dice, y ya procuraré yo saber la verdad. Por otra parte, la señorita Jacobina tiene confianza en mí, y Calixto, que es discípulo nuestro, no se dejará hechizar por el demonio y no querrá turbar la paz de que goza su familia, ni destruir los planes que tenemos formados respecto á su porvenir. Así es que no llore usted, señora, pues no está todo perdido: una falta no es un vicio.

—Usted no me comunica más que los detalles—dijo la baronesa.—Porque ¿no he sido yo la primera en ver el cambio que se había operado en Calixto? Una madre no puede dejar de sentir un vivo dolor al ver que ya no ocupa más que el segundo lugar en el corazón de su hijo, ó que

no lo ocupa por entero. Esta fase de la vida del hombre constituye una de las mayores penas para una madre, y, aunque yo ya la esperaba, nunca creí que llegase tan pronto. En fin, yo hubiese querido que al menos hubiese ocupado su corazón una mujer noble y hermosa, y no una aventurera, una buscona, una actriz, una autora acostumbrada á fingir sentimientos, una mala mujer, que le engañará y lo hará desgraciado. Y ¿ha tenido ella alguna otra aventura amorosa?

—Sí, con varios hombres—dijo el abate Grimont.—Y, sin embargo, esa impía ha nacido en Bretaña. ¡Cómo deshonra al país! El domingo sermonearé en la iglesia respecto á ese punto.

—Guárdese usted bien de ello—dijo la baronesa.—Los salineros y los aldeanos serían capaces de atacar los Touches, y Calixto, que es bretón y que lleva con dignidad su nombre, podría tener algún disgusto si estuviese allí, pues estoy segura de que la defendería como si se tratase de la Virgen María.

—Ya son las diez y me retiro, deseando que pase usted buena noche—dijo el abate Grimont encendiendo la mecha de su farol, cuyos claros vidrios y brillante metal revelaban los minuciosos cuidados de su ama por todas las cosas de la casa.—Señora—repuso el sacerdote,—¡quién hubiese dicho que un joven, educado por mí en las ideas cristianas, un ferviente católico, un muchacho que vivía como un cordero sin mancha, había de sumergirse en semejante lodazal!

—¿Está usted seguro de ello?—dijo la madre.—Pero ¡ah! sí, ¿qué mujer podría dejar de amar á Calixto?

—La mejor prueba es la permanencia de esa hechicera en Touches. Hace ya veinticuatro años que es mayor de edad, y esta es la vez que ha permanecido aquí más tiempo; pues, por fortuna para nosotros, sus apariciones anteriores duraban poco.

—¡Una mujer de cuarenta años!—dijo la baronesa.—¡Ah Dios mío! Muchas veces he oído decir en Irlanda que una mujer de esa edad es la querida más peligrosa que puede tener un joven.

—En ese punto soy un ignorante, y creo que moriré siéndolo—respondió el cura.

—¡Ay de mí! y yo también—dijo con sencillez la baro-

nesa.—Ahora siento no haberme casado por amor, para poder conservar, aconsejar y consolar á Calixto.

El cura no atravesó solo el patio pequeño y limpio del palacio, sino que lo hizo acompañado por la baronesa, que esperaba oír los pasos de Calixto por Gueranda; pero sólo oyó el seco ruido del paso prudente del cura, que se fué debilitando poco á poco y que sólo cesó cuando, en medio del silencio de la noche, se oyó el ruido que hacía la puerta del presbiterio al cerrarse. La pobre madre, desolada al saber que la villa entera tenía conocimiento de lo que ella sola creía saber, entró en la casa, sentóse, despidió la mecha del quinqué, cortándola con unas tijeras viejas, y púsose á bordar mientras esperaba á Calixto. La baronesa creía que de este modo obligaba á su hijo á volver antes y á pasar menos tiempo en casa de la señorita de Touches. Este cálculo del celo maternal era inútil. Las visitas de Calixto á Touches se hacían de día en día más frecuentes; cada noche volvía más tarde, y, sin ir más lejos, la víspera se había presentado á las doce de la noche. La baronesa, sumida en sus meditaciones, trabajaba con esa actividad de las personas que piensan al mismo tiempo que hacen alguna obra manual. El que la hubiese visto inclinada de este modo al resplandor del quinqué, en medio de los muebles centenarios de aquella sala, hubiera admirado su sublime figura. Fanny poseía una tez tan transparente, que se hubieran podido leer sus pensamientos en su frente. Picada de las curiosidades que sienten á veces las mujeres puras, tan pronto se preguntaba la clase de secretos diabólicos que poseían esas hijas de Val para encantar á los hombres y hacerles olvidar padres, familia, país é intereses, como llegaba hasta á desear encontrar á aquella mujer, á fin de juzgarla imparcialmente. La baronesa medía la extensión de los estragos que el espíritu innovador del siglo, pintado como muy peligroso para los jóvenes por el cura, tenía que hacer en su hijo único, que había sido hasta entonces tan cándido y tan puro como una joven inocente cuya belleza no hubiera sido más fresca que la suya.

Calixto, aquel magnífico retoño de la raza bretona más antigua y de la sangre irlandesa más noble, había sido educado cuidadosamente por su madre. Hasta el momento en que se lo entregó el cura de Gueranda, la baronesa estaba segura de que ninguna palabra impura ni ninguna idea in-

sana había manchado los oídos y el entendimiento de su hijo. La madre, después de haberlo criado á sus pechos y de haberle dado así dos veces su sangre, pudo presentarlo, lleno de un candor de virgen, al pastor, el cual, por veneración á aquella familia, había prometido darle una educación completa y cristiana. Calixto recibió la instrucción del seminario donde el abate Grimont había hecho sus estudios. La baronesa le enseñó el inglés. No sin trabajo, pudieron encontrar entre los empleados de San Nazario un profesor de matemáticas. Como era natural, Calixto desconocía la literatura moderna y la marcha y progreso de las ciencias. Su instrucción había sido limitada á la geografía y á la historia resumidas de los colegios de señoritas, al latín y al griego de los seminarios, á la literatura de las lenguas muertas y á un reducido número de autores franceses. Cuando, á los diez y seis años, empezó lo que el abate Grimont llamaba su filosofía, no era el joven menos puro que en el momento en que Fanny se lo había entregado al cura. La Iglesia fué tan maternal como la madre. Sin ser devoto ni ridículo, el adorado joven era ferviente católico. La baronesa se proponía procurar una vida feliz y obscura á aquel muchacho tan hermoso y tan cándido. Ella esperaba algunos bienes de una anciana tía, bien cuyo valor ascendería á dos ó tres mil libras esterlinas, y esta suma, unida á la fortuna actual de los Guenic, le permitiría encontrar para Calixto una mujer que aportase al matrimonio doce ó quince mil francos de renta. Carlota de Kergarouët, con la fortuna de su tía, una rica irlandesa, ó cualquier otro partido análogo, le eran lo mismo á la baronesa, la cual desconocía el amor y sólo veía en el matrimonio, como todas las personas que la rodeaban, un medio de hacer fortuna. La pasión era desconocida para aquellas almas católicas, para aquellas personas ancianas, ocupadas exclusivamente de su salvación, del rey y de su fortuna. A nadie asombrará, pues, la gravedad de los pensamientos que servían de acompañamiento á los sentimientos heridos en el corazón de aquella madre, que vivía tanto para los intereses como para la ternura de su hijo. Si el joven matrimonio daba oídos á sus consejos, á la segunda generación, los Guenic, viviendo de privaciones y economizando como se sabe economizar en provincias, podrían satisfacer sus deudas y adquirir de nuevo el lustre de la riqueza. La duquesa

deseaba una larga ancianidad, para ver despuntar en su casa la aurora del bienestar. La señorita de Guenic había comprendido y adoptado también este plan, que se veía amenazado á la sazón por la señorita de Touches. La baronesa oyó con espanto que daban las doce, y sintió por espacio de una hora grandes inquietudes, pues la campanada de la una sonaba ya en la parroquia sin que Calixto se presentase.

—¿Se quedará allí?—se preguntó la madre.—Esta sería la primera vez que tal hubiese hecho. ¡Pobre muchacho!

En este momento, los pasos de Calixto animaron la callejuela. La pobre madre, en cuyo corazón sucedía la alegría á la inquietud, voló de la sala á la puerta y abrió á su hijo.

—¡Oh!—exclamó Calixto con aire apenado—¿por qué esperarme, mamá querida? Traigo llavín y eslabón.

—Hijo mío, ya sabes que me es imposible dormir cuando estás fuera—le contestó la madre besándole.

Cuando la baronesa estuvo en el salón, miró á su hijo para adivinar los acontecimientos de la velada por la expresión de su rostro; pero, como siempre, este examen le causó esa emoción que el hábito no debilita y que sienten todas las madres amantes ante la obra maestra humana que han hecho y que las conmueve siempre.

A excepción de sus ojos negros llenos de energía y de virilidad, que se parecían á los de su padre, Calixto tenía, como su madre, cabellos rubios y rizados, nariz aguileña, boca adorable, dedos arqueados y tez suave, blanca y delicada. Aunque parecía una joven disfrazada de hombre, tenía una fuerza hercúlea. Sus nervios poseían la flexibilidad y el vigor de los resortes de acero, y la singularidad de sus ojos negros no carecía de encanto. Su barba no había brotado aún. Según dicen, este atraso anuncia una gran longevidad. El caballero, que vestía levita corta de terciopelo negro, semejante al de la bata de su madre, y provista de botones de plata, llevaba como corbata un pañuelo azul atado al cuello, y calzaba bonitas polainas y pantalón de cutí color gris. Su blanca frente parecía acusar las huellas de una gran fatiga, siendo así que lo único que la turbaba era el peso de tristes pensamientos. Incapaz de sospechar las penas que devoraban el corazón de Calixto, la madre atribuyó á la dicha aquella alteración próspera. Por lo de-

más, Calixto era hermoso como un dios griego, pero hermoso sin fatuidad; en primer lugar porque estaba acostumbrado á ver á su madre, y en segundo lugar porque se preocupaba muy poco de una belleza que sabía era completamente inútil.

—Esas hermosas mejillas, tan puras, donde la sangre joven y rica corre á raudales, ¿pertenecen ya á otra mujer que es dueña como yo de esa frente pura?—pensó la madre.—¡Ah! ¡la pasión no tardará en producir mil desórdenes en esas facciones puras y en empafiar esos hermosos ojos húmedos como los de los niños!

Este amargo pensamiento oprimió el corazón de la baronesa y turbó su alegría.

Los que saben calcular, ha de parecerles extraordinario que, en una familia de seis personas que sólo cuentan, para vivir, con tres mil francos de renta, lleven el hijo una levita y la madre una bata de terciopelo; pero hay que tener en cuenta que Fanny O'Brien tenía tías y parientes ricos en Londres, que excitaban el recuerdo de la bretona por medio de regalos. Sus hermanas, que habían hecho grandes casamientos, se interesaban bastante por Calixto para pensar en buscarle una rica heredera, al saber que era guapo y noble, como noble y bella era Fanny, su favorita desterrada.

—Querido mío, hoy has salido de Touches más tarde que ayer—le dijo por fin la madre con voz emocionada.

—Sí, mamá querida—le respondió el joven sin darle explicaciones.

La sequedad de esta respuesta turbó la frente de la baronesa, la cual aplazó la explicación para el siguiente día. Cuando las madres conciben las inquietudes que sentía en este momento la baronesa, tiemblan casi ante sus hijos, sienten instintivamente los efectos de la gran emancipación del amor y comprenden todo lo que este sentimiento va á quitarles; pero al mismo tiempo sienten cierta alegría al saber que su hijo es feliz. En una palabra, que en esos momentos se libra una batalla en el corazón de las madres. Aunque el resultado sea el que se convenza, por fin, de que su hijo se ha hecho ya grande, sin embargo, las verdaderas madres rechazan esta tácita abdicación y prefieren seguir considerando á su hijo como menor y protegido. ¡Quién sabe que no esté en esto el secreto de la predilección que